

aguas, y cuando este quiso obligarle por la fuerza, opuso enérgica resistencia; también se negó a entregarlos a la Iglesia, cuyas supuestas pretensiones procuró apoyar con un ejército el cardenal Jordan de Terracina. Frangipani no entregó su presa a los plenipotenciarios de Carlos de Anjou hasta que hubo obtenido la promesa de cuantiosas sumas y de grandes adquisiciones territoriales. Los prisioneros fueron entregados a Carlos en Genezzano y luego reducidos a dura prision en el castillo de San Pietro de Palestrina. De allí se los llevó consigo el de Anjou cuando hizo su entrada en Roma, donde, entre tanto, se había consumado la evolución en pro de los welfos, habiéndose conferido la dignidad senatorial vitalicia a uno de los mas leales y fanáticos partidarios de Carlos.

Lo que sucedió después pertenece a lo mas horripilante de cuanto nos refiere la historia. Que Carlos de Anjou procurara inutilizar para siempre a su enemigo y aniquilar las fuerzas de los gibelinos era cosa natural; pero los medios de que para ello se valió le ponen al nivel de los mas sanguinarios tiranos de todos los tiempos, a muchos de los cuales superó por el frío cálculo, inaccesible a todo sentimiento humano, y por la sangre fría con que dictó é hizo ejecutar su terrible sentencia. Su proceder produjo tanto mas terror, cuanto que quiso ocultar su odio salvaje bajo la máscara de una necesidad política y religiosa y presentar como cómplices suyos a la Iglesia y al pontificado, para evitarse toda censura y desarmar toda acusación. ¿Quién podría decir cuántos de los que fueron hechos prisioneros durante y después de la batalla perecieron, tras de un sumario procedimiento, bajo el hacha del verdugo? Aun cuando quisiera justificarse este proceder diciendo que la legislación de Federico condenaba a muerte a los que se hacían reos de alta traición ó se levantaban en armas, puede a esto oponerse que la Iglesia había declarado las leyes federicianas incompatibles con sus preceptos. Los hombres que defendían el derecho de la casa de los Staufen, que con asentimiento de la Iglesia había sido elevada al trono de Sicilia; los que combatían por el nieto del hombre cuya tutela había ejercido en otro tiempo Inocencio III, no podían, en manera alguna, ser tachados de traidores y sometidos a aquella ley. Con esto aparecían patentes en toda su dureza las terribles consecuencias que se desprendían del dogma de la supremacía del pontificado sobre todos los príncipes laicos: las injustas matanzas que en nombre de este dogma consintió la Iglesia, degradada hasta el punto de convertirse en instrumento de salvajes odios personales, la convirtieron, por mas que contra ello protestara, en cómplice de asesinatos apenas encubiertos por una falsa apariencia de derecho.

Según los preceptos del derecho humano, Conradino no podía ser condenado a muerte, porque no cabía dictar esta sentencia contra un rey hecho prisionero en noble guerra. Los contemporáneos opusieron al proceder de Carlos el de los sarracenos de Egipto, que tuvieron prisionero a Ludovico Pio y le pusieron en libertad en virtud de un tratado, cuando el fanatismo religioso les hubiera podido llevar a tomar otra resolución. En nada se vieron tan al desnudo la barbarie de aquellos tiempos y la violación de los mas rudimentarios principios morales como en el hecho de que la Iglesia considerara tolerable y consintiera y aprobara aquello mismo que rechazaban el derecho de la guerra y el de los infieles. Por medio de argucias y de sutileza se creyó Carlos autorizado para privar a su prisionero de los beneficios del derecho de guerra, afirmando que había atentado contra su vida, ¡cómo si pudiera acusarse de reo de tentativa de homicidio al que encontrándose en batalla campal quisiera dar muerte a su mortal enemigo! Enrique de Castilla, contra quien podía formularse igual acusación, fué simplemente en

carcelado; pero esto se debió a que la muerte de Enrique habría atraído sobre Carlos de Anjou la enemistad de sus reales parientes castellanos. En cambio, ¿quién había de vengar a Conradino, último vástago de una raza decaída de su poder? Carlos, a pesar de todo, no consiguió dar a su procedimiento ni siquiera una apariencia de justicia. De los cuatro jurisconsultos que llamó a Nápoles para que dijeran si Conradino merecía, conforme a derecho, la muerte por haberse levantado en armas contra el legítimo soberano y por haber incendiado templos y conventos, solo uno, adulador servil, se expresó en los términos que deseaba el monarca; los demás no vieron en el prisionero mas que a un príncipe que había querido conquistar en noble guerra su reino hereditario. A pesar de todo, ejecutóse la sentencia que aquel solo había pronunciado.

Conradino se encontraba en su calabozo jugando al ajedrez, según se cuenta, con Federico de Austria, cuando le notificaron la suerte que le esperaba. Aquel joven fué a la muerte con actitud heroica, digna de sus mayores, en los lugares en que le correspondía reinar como soberano. En su última voluntad, confirmó el testamento que había otorgado antes de salir de Alemania, legando todos sus bienes a su tío, a quien se imponía, sin embargo, la obligación de pagar algunas deudas y varios legados hechos a determinados conventos. Después de haberse confesado, subió al cadalso, que había sido levantado en la plaza mercado de Nápoles y desde el cual podía contemplarse toda la magnificencia de aquella hermosa tierra. En este trance supremo se le permitió llevar a su lado a su leal amigo Federico de Austria. El protonotario Roberto de Bari, uno de los mas serviles instrumentos del sanguinario Carlos de Anjou, leyó la sentencia de muerte, sin decir naturalmente cómo había sido dictada. Conradino se desnudó de medio cuerpo arriba, se arrodilló y se puso a rezar: sus pensamientos fueron para la patria alemana, para el palacio de su madre, que adoraba en él. «¡Oh, madre! ¡qué terrible noticia de mí te espera!» tales fueron sus últimas palabras, después de las cuales su rubia cabeza rodó por el suelo. Un grito de dolor salvaje se escapó del pecho de Federico de Austria, el cual dobló también su cerviz ante el hacha del verdugo, y otros dos de sus compañeros fueron después de ellos ejecutados. Los cadáveres fueron depositados en la playa, como si las aguas los hubieran arrojado a ella, y cubiertos de piedras. El hijo y sucesor de Carlos en este trono, tan sanguinariamente conquistado, mandó levantar sobre las tumbas de los amigos una capilla, cuyo culto estaba confiado a los monjes carmelitas y que en 1769 fué transformada en la magnífica iglesia de Santa María del Carmen, que, rodeada de los edificios del antiguo convento, se levanta todavía hoy en el extremo sudeste de Nápoles, en medio del bullicio de esta capital, y que transporta al que la contempla desde la magnificencia del presente a las tinieblas de un pasado lleno de apasionamientos y manchado de sangre. Detrás del altar mayor se encontraba el sepulcro de Conradino, que solo se distinguía por las iniciales R. C. C., es decir, *Regis Conradini Corpus*; ahora los restos del último Staufen descansan en la nave de la iglesia, debajo del zócalo de la estatua que por orden de Maximiliano II de Baviera, príncipe heredero, esculpió Schopf, según el diseño de Thorwaldsen, y que perpetúa allí la memoria de aquel joven héroe.

¿Y qué se consiguió con este derramamiento de sangre?

El poderío universal fundado por los Staufen hacia tiempo que estaba destruido: la Alemania se aniquilaba en interminables guerras civiles; la nación que antes había dictado al mundo sus leyes, se encontraba sumida en indigna impotencia, y los partidos, que con encarnizamiento luchaban en ella

entre sí, no hacían mas que favorecer los intereses del extranjero. Italia había perdido toda esperanza de llegar a una unidad nacional: los welfos y los gibelinos luchaban furiosamente unos contra otros, encaminándose y empujando a su patria a la ruina y entregando al país a los horrores de una continua contienda civil, en la cual perecía la libertad, que heroicamente había sido defendida en otro tiempo contra los antepasados de Conradino; y mientras tanto, las comarcas del Sur eran reducidas por Carlos de Anjou a una servidumbre en armonía con las crueldades que habían presidido a la fundación de su reino. La misma recompensa tuvo la Iglesia. La curia se había proporcionado en su protegido Carlos de Anjou un azote terrible, cuyo poder siempre creciente fué muy pronto para los pontífices horrible pesadilla. Ya Clemente IV, al morir, se arrepintió de haber hecho de aquel hombre el señor de la Italia y el patrono de la Iglesia.

Los desastres que pesaban sobre las florecientes comarcas de Italia y sobre sus cultos pueblos, casi borraron por completo el trágico recuerdo de las calamidades que la casa Staufen había padecido. El rey Enzo, que después de haber intentado en vano fugarse estaba detenido en dura prision por los implacables boloñeses, falleció a los cuarenta y seis años de edad, en 14 de marzo de 1272, es decir, cuatro años después del sangriento fin de su sobrino, habiendo pasado casi la mitad de su vida en la cárcel. Dos años antes, la muerte había libertado a su hermanastra Margarita, la hija de Federico II, de todos los males que le había causado su desdichado casamiento con el brutal Alberto de Turingia y de Misnia. ¡Cuán venturosa, en cambio, parecía la suerte de su hermana Catalina, que en edad temprana se había consagrado al claustro y que falleció siendo monja del monasterio francés de Montargis, en aquella celda a donde, por lo menos aparentemente, no alcanzaban las tempestades que habían hecho sucumbir a su familia!

CAPITULO V

FIN DEL IMPERIO ROMANO-GERMÁNICO

(1254-1273)

El poderío de los Staufen en Italia había quedado destruido a consecuencia de una serie de violentas revoluciones. Alimentadas sistemáticamente y desencadenadas sin reparo alguno por el papa, — que estaba llamado a promover la paz y a predicar reconciliación, — todas las mas bajas pasiones contribuyeron a la ruina del orden de cosas entonces existente, anteponiendo cada cual, con provocador sarcasmo, a todos los demás fines su propia satisfacción. Un envenenado espíritu de partido dividía en dos facciones a la culta población de Italia, que tan envanecida estaba de su glorioso pasado. Solo de nombre existía el recuerdo del elevado premio por cuya conquista se había luchado en otro tiempo; el odio, en cambio, se transmitía y aumentaba de raza en raza, manifestándose cada día en nuevas crueldades y dividiendo en parcialidades hostiles a las distintas comarcas, municipalidades y familias. Pero en este mismo insensato salvajismo se demostraba la inagotable fuerza vital de las razas italianas, que habían comenzado a sentir un soplo de la cohesión nacional primero en su victoriosa lucha contra el imperio y luego en las guerras sin resultado contra la soberanía extranjera de los franceses. Su idioma, su poesía y su arte plástica, que estaban en vías de formación, demostraban que la continua guerra civil no era bastante para cortar el vuelo elevado del sentimiento nacional. Muy pronto con el esplendor de la poesía y del arte debía indemnizarse la Italia de las pérdi-

das que en la independencia de su vida política había sufrido. Decadente bajo el punto de vista político, confirmó su fuerza generadora con una serie de grandes hombres que en aquellos revueltos tiempos surgieron de su seno, para gloria suya y provecho de los contemporáneos y de la posteridad; Italia, durante una serie de generaciones, siguió desempeñando en la esfera de la cultura intelectual el papel principal, gracias al cual, y en alianza con Alemania, había sido, desde el tiempo de los Otones, el centro de todo el desenvolvimiento histórico.

Mucho mas desdichada parecía la suerte de Alemania, desde la catástrofe de la casa Staufen. En las luchas que se siguieron en Italia se manifestaron grandes pasiones, a su encarnizamiento contribuyeron sentimientos poderosos y en ellas se descubrió la fuerza de un pueblo llamado a grandes cosas. Nada de esto sucedió en Alemania: como si hubiera gastado todas sus fuerzas durante la época de los Staufen, abundante en grandes hombres, no produjo en las siguientes décadas ni una sola persona visible que por los fines que se propusiera, ni por la energía y el talento con que tendiera a conseguirlos lograra imponerse a sus contemporáneos é infundir cierto interés en la posteridad. Pequeños talentos y caracteres secundarios son los que encontramos allí en situación predominante, ofreciéndose a nuestros ojos una raza que llevaba impreso el sello del extenuado epigonismo. Faltan en la Alemania de aquella época las grandes pasiones que, en medio de la disolución política y de la barbarie moral, dan a la historia de Italia un interés psicológico extraordinario. Mezquinas ambiciones que para su satisfacción no se atrevían a realizar nada grande; implacable egoísmo, inaccesible a ningún esfuerzo de carácter general; innoble venalidad, atenta solo a mirar bajo el punto de vista del dinero las cuestiones políticas y eclesiásticas, y la manera de reportar de ellas alguna ganancia: tales son los motivos determinantes de la historia alemana de aquellos tiempos. Casi nunca había ni ha descendido como entonces el sentimiento moral político de los príncipes y nobles alemanes, de quienes dependía la suerte de su desgarrada patria; lo único que puede compararse con la degradación de aquella época es el hecho acaecido a fines del siglo XVI, cuando Luis XIV consiguió con su oro corruptor encadenar a su carro triunfal a algunos príncipes y hombres de Estado alemanes. A la guerra aniquiladora que se sostuvo contra el pontificado sucedió un período de rebajamiento respecto del extranjero, análogo, por la corrupción de los príncipes, al que debía traer sobre la infeliz Alemania la lucha de treinta años entre los dos partidos religiosos: en ambos períodos, el oro extranjero decidió de los destinos de la nación alemana.

Puede darse por demostrado (1) que el dinero de la curia romana había decidido la elección de Enrique Raspe de Turingia, pues los tres arzobispos del Rin, a cuya adhesión se debió que fuera posible la contra-monarquía del landgrave, vieron sus tendencias robustecidas por las sumas que les envió el papa. Aun cuando esto no pueda afirmarse respecto de los principales sostenedores de la causa pontificia en Alemania, en cuyo ánimo podían influir suficientemente motivos religiosos y políticos de carácter general, cabe asegurar que en otras esferas mas bajas se hicieron cosas peores y que en ellas el entusiasmo por la causa del papa no fué producido y alimentado por medios decentes. Gracias al oro romano pudo representar el mismo contra-rey el papel que le había sido confiado. Lo propio puede decirse de la monarquía de Guillermo de Holanda, el cual recibió importantes subsidios de Inocencio IV; este papa sufragó también los gastos que ocasionó el so-

(1) O. Lorenz: *Historia alemana en los siglos trece y catorce*, t. 42.

borno de los nobles alemanes que abandonaron la causa de los Staufen. La rebelión militar que quiso impedir a Conrado IV continuar la campaña comenzada, fue comprada por 6,000 marcos, que se entregaron al conde y señores de Suabia; la derrota que Conrado sufrió en Francfort fue el resultado del precio de 7,000 marcos, por cuya cantidad los condes de Wurtemberg y de Groninga abandonaron a su señor en me-

dio de la batalla. Según un cálculo hecho por contemporáneos, Inocencio IV gastó en estas luchas contra los Staufen 200,000 marcos italianos, es decir, seis millones de marcos alemanes (treinta millones de reales), que se emplearon en sobornos de esta clase. El éxito conseguido no fue proporcionado a estos dispendios, pues fuera del círculo de los príncipes eclesiásticos, la curia no logró tener un partido nu-



Piedra sepulcral del arzobispo Sigifredo de Eppstein (1249), que le representa en medio de los reyes Enrique Raspe de Turingia y Guillermo de Holanda, por él coronados. (Catedral de Maguncia.)

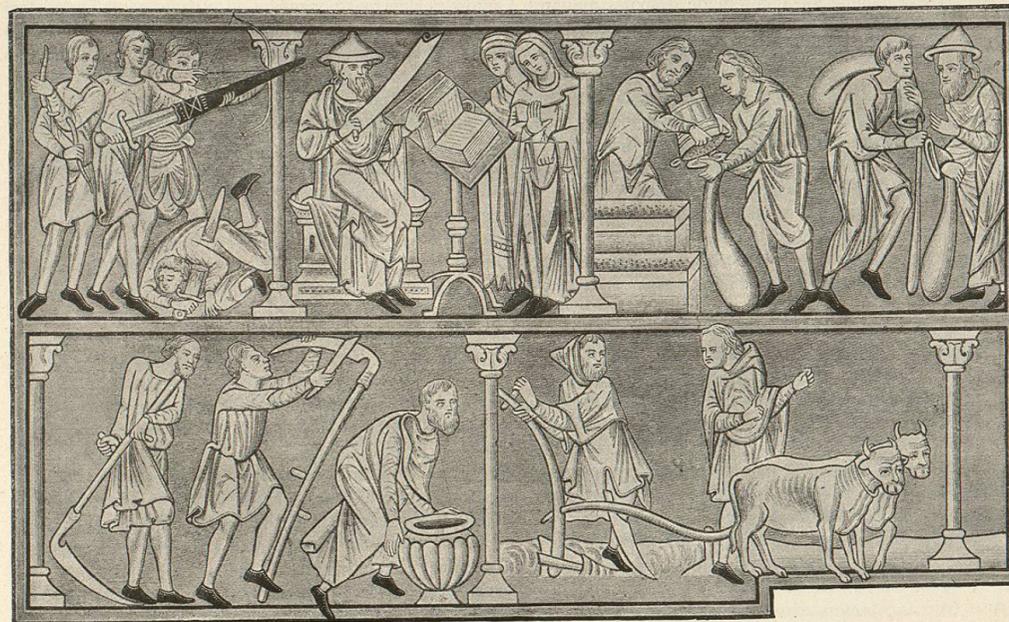
meroso y si algún príncipe laico se adhirió aisladamente a su causa lo hizo con miras interesadas, pues a pesar del ciego encarnizamiento que mostró la lucha contra los Staufen, los príncipes laicos no habían llegado a identificar sus intereses con los de los príncipes eclesiásticos. Por el contrario, la manera como estos últimos, aliados y órganos de la curia, se apoderaron de la gestión de los asuntos del imperio y dispusieron del trono, cual si los antiguos derechos imperiales hubiesen quedado supeditados a la omnipotencia de la Iglesia, aumen-

tó el antagonismo entre los príncipes laicos y el episcopado y precipitó la ruina del imperio. En la elección de Guillermo de Holanda no tomó parte ningún príncipe de importancia; los mismos acuerdos definitivos que allí se adoptaron no parecen haber sido redactados en la asamblea electoral que por mera fórmula se celebró, sino en el concilio provincial reunido pocos días antes en Colonia, donde llevó la palabra el legado pontificio Pedro Capuccio, enviado a Alemania para dirigir la elección de monarca, y entre cuyos individuos solo

son dignos de mención, además de él, los tres arzobispos del Rin. Idea exacta de esta elección nos da el sepulcro del arzobispo Sigifredo de Eppstein, en el cual junto a la colosal figura del prelado están las de menor tamaño de los dos contra-reyes por él nombrados, Enrique de Turingia y Guillermo de Holanda, en actitud humilde y suplicante y recibiendo de sus manos la corona: efigies que perpetuaron a los ojos de la posteridad la impotencia de la degradada monarquía alemana.

Si a pesar de todo la Alemania no salió de aquel período de desorden y de rebajamiento tan impotente como Italia para lograr una vida nacional independiente; si no sucumbió ante la dominación extranjera, a pesar de haber perdido

algunas provincias fronterizas; si durante aquellos revueltos tiempos en que careció de emperador llegó a conquistarse una organización política que aunque de poca cohesión tenía condiciones de vida y llenaba su objeto, debióse a que a consecuencia de la revolución interna, resultado a su vez de la ruina del imperio, surgió un elemento nacional que logró abrirse paso y conquistar la influencia que le correspondía ejercer en el desenvolvimiento general; elemento que en número y actividad, en fuerza moral y en potencia económica superó a los que hasta entonces habían dominado. Desde el tiempo de los Carolingios, la nobleza había sido la que había imperado en los sucesos de la historia alemana; su situación al lado de los Staufen ó entre los enemigos de



Miniatura de un manuscrito-salterio del siglo XIII, representando la guerra, las ciencias, el comercio y la agricultura.

estos, y su alianza ó enemistad con la Iglesia y con el clero, habían sido tan decisivas para el régimen de Alemania y para el curso de los sucesos en Oriente, como la fuerza militar y los recursos económicos lo habían sido para el vigor y el bienestar nacional del pueblo alemán. La organización feudal de esta nobleza, elemento determinante así de la vida política como de la social y militar, había permitido a los nobles vasallos llegar a grande altura, adquirir riquezas y consideración y casi alcanzar la categoría de príncipes. En cambio, la fuerza latente en las grandes masas de las clases bajas no había podido manifestarse ni ser utilizada para fines nacionales. ¡Cuán pequeña era la participación que en la época del imperio alemán tenían los ciudadanos y los labradores en la vida política de su pueblo! En una ocasión pareció que la burguesía alemana iba a intervenir de un modo decisivo en el desenvolvimiento general, y fue cuando Enrique IV, al verse infamemente abandonado de todos, encontró cordial acogida en Worms y debió al desinteresado auxilio de las ciudades del Rin la posibilidad de continuar la lucha en defensa de su corona. Pero ni entonces ni después se llegó a constituir una unidad en tal concepto, pues en las negociaciones que se entablaron entre el monarca y el episcopado,

si algunas ciudades y sus habitantes fueron favorecidas por la monarquía, en cambio otras vieron sacrificadas a las pretensiones de sus antiguos señores eclesiásticos. Las constituciones del emperador Federico II, hostiles a las ciudades, pusieron, al parecer, término al desenvolvimiento de las libertades municipales; pero en la época de que vamos hablando, la caída de la monarquía Staufen y la disolución que en el imperio produjo devolvieron su libertad de acción a las ciudades alemanas. Así como la mayoría de estas, aun aquellas que se habían desarrollado bajo la soberanía de los señores territoriales, habían luchado por conquistarse una organización municipal y una autonomía comunal, del mismo modo la necesidad de asegurar con sus propias fuerzas sus intereses económicos, por todas partes amenazados, les obligó a confederarse, y entonces comprendieron, así como sus adversarios, la fuerza que en ellas residía, viéndose claramente que en ellas y en sus habitantes, animados de nobles aspiraciones, vivía el germen más sano y más capaz de desarrollarse de la vida nacional. En aquellos revueltos tiempos, en que las nociones del honor y del bienestar nacionales habían dejado de estar encarnadas en los príncipes, que se destruían por mezquinos intereses dinásticos ó que